Jean Haupt

Proceso a la democracia

Jean Haupt

PROCESO A LA DEMOCRACIA

La gran farsa

Las falacias del totem
impuesto por los poderes fácticos



Ediciones Ojeda
Barcelona, 2008

Diseño de portada: Acacio L. Friera

Composición: Juan Gallardo
Correcciones: Agustín Vargas
Maquetación: Laia Escusol Otto

ISBN13: 978-84-86041-26-7
ISBN10: 84-86041-26-0

Depósito Legal: B-34.889-2008

1ª edición: 1973
2ª edición: 2008

Asociación Cultural Editorial Ojeda
Apartado 34055 - E-08080 Barcelona
Telf.: 932370009 - Fax: 934159845
edicionesojeda@telefonica.net
www.edicionesojeda.com

Imprime Romanya Valls - Barcelona
Printed in Spain - Impreso en España

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Por J. Bochaca

Pocas veces el título de un libro habrá sido tan adecuado como el de esta obra que te dispones a leer, amigo lector. Jean Haupt, en efecto, hace un verdadero proceso a la Democracia. Fiscal tan metódico como implacable, desmonta, uno tras otro, los dogmas de un sistema que parece haber sido adoptado, "*volens nolens*" por todos los países del mundo.

El hecho de haber sido escrito hace más de cuatro décadas (exactamente en 1971), no le quita ni un ápice de actualidad; incluso podría decirse que el paso del tiempo va confirmando sus condenatorias sentencias. Con la precisión de un cirujano, pone al descubierto, con su bisturí, todos los vicios, todos los defectos, todas las contradicciones y, muy especialmente, toda la inmensa hipocresía de un sistema que pretende hacer remontar sus cartas de nobleza nada menos

que hasta la Grecia de Pericles y los sabios oradores del Ágora.

Desde su exilio lisboeta, Haupt pone al descubierto las falacias del totem impuesto por los poderes fácticos y reverencialmente adorado por las masas de cerebros lavados y encefalogramas planos: los Inmortales Principios, es decir la "Libertad", la "Igualdad", y la "Fraternidad", y todas las aberraciones que de ellos se derivan, como el Sufragio Universal, la supuesta igualdad ante la Ley, y la Democracia como garantía de la Paz. Es decir, todo un cúmulo de contra-verdades que ante cualquier persona que intente ser imparcial claman al cielo.

Especial mención merece el estudio que se hace sobre el régimen de partidos, demostrando que éstos no pueden subsistir sin los subsidios procedentes de los *trusts* bancarios o de los monopolios de la Gran Industria y que, en virtud del principio de que *"la mano que da, siempre está por encima de la mano que recibe"*, la moderna Democracia se transforma, inexorablemente, en una "partitocracia" y ésta, a su vez, en una "plutocracia".

El libro de Haupt evita cuidadosamente caer en la tentación de apoyar sus bien elaborados razonamientos en epítetos denigratorios. Sus requisitorias son frías, dejando al lector, a través

de su lectura, la tarea de ir colocando los calificativos que se imponen. Si acaso, las menciones peyorativas las añaden los numerosos testimonios que el autor cita en pro de sus tesis. Desde Charles Maurras, hasta Adolf Hitler, pasando por personalidades tan poco sospechosas como Paul Valéry, Francis Delaisi, André Figueras, Ramalho Ortigao, Edouard Daladier, Léon Blum y tantos otros.

Por supuesto, Jean Haupt hace hincapié en la impostura fundamental de la moderna política, en la trampa semántica que consiste en vaciar a las palabras de su contenido y atribuirles otro. Tal sucede con el vocablo "democracia", que si etimológicamente significa "*gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo*", en la actual realidad no es más que gobierno de las masas, por los partidos y para los poderes fácticos, generalmente en la sombra.

En este muy documentado libro no se pretende presentar una visión maniquea de la política, y se reconocen los defectos en que muy a menudo incurren, o han incurrido, regímenes autocráticos o, simplemente no-democráticos, en la moderna acepción de la palabra. Se argumenta que, mientras diversos sistemas autoritarios han podido, eventualmente, cometer errores, o incluso abusos, los modernos sistemas democráticos

no pueden dejar de cometerlos, precisamente a causa de su defectuosa estructura.

Proceso a la Democracia es un libro que se puede leer de un tirón, pues a su variada documentación y rigurosa dialéctica une un estilo ameno y cautivador.

J. BOCHACA
Barcelona, 20 de abril de 2008

BIOGRAFÍA DE JEAN HAUPT

Nació en Orán —Departamento de Orán, Argelia francesa— en vísperas de la primera guerra mundial, de padre loreno y de madre provenzal. Cursó estudios superiores (licenciado en alemán) en la Facultad de Filosofía y Letras de Aix-en-Provence. Además de sus actividades profesionales —adjunto de francés en Königsberg (Prusia Oriental, hoy Kaliningradskaya); lector en Reykjavik (Islandia); profesor en el Instituto Francés de Lisboa; después, tras la guerra de 1939-1945, como traductor e intérprete oficial de francés y portugués de la Comisión de Cooperación Técnica en África al Sur del Sahara (CCTA)—, viajó, con estancias más o menos amplias, por un gran número de países europeos, con los regímenes políticos más diversos: Alemania (antes y después de la guerra de 1939-45), Islandia, Noruega, Suecia, Finlandia, Estonia, Letonia, Dinamarca, Inglaterra, Italia, España y Portugal, así como, prácticamente,

en todos los países del África Negra, desde Madagascar a Santo Tome, de Dar-es-Salam a Luanda, Dakar, Johannesburgo, Abbidjan, Lourenço Marques, Kampala, Salisbury, Nairobi, Leopoldville, Brazzaville, Pointe Noire, Conacry, Iba dam, etc.

Fijada su residencia en Portugal, en donde ejerció durante muchos años la profesión de traductor en numerosos departamentos oficiales, tradujo, entre otras innumerables obras, en todos los ámbitos (arte, historia, literatura, economía, filosofía, política, etc.), la mayor parte de los discursos y "*Principios de Acción*" de Salazar (Ed. Arthème Fayard, París), y el célebre "*Sermón de San Antonio a los Pescadores*" del padre Antonio Vieira, predicador portugués del siglo XVI (Ed. Bordas, París). Ha publicado además un pequeño ensayo de lingüística comparada ("*On ne dit pas... On dit...: Fraseología luso-francesa*", Ed. Livraria Didáctica, Lisboa).

Se interesó apasionadamente por la política desde los pupitres del liceo, no habiendo nunca estado inscrito en ningún partido, ni presentado su candidatura a ninguna elección y sin tener tampoco la intención de hacerlo. Dirigió durante años en Lisboa los "*Cahiers Decouvertes*", publicación en lengua francesa al servicio de Occidente.

Es pues, con conocimiento de causa y con toda objetividad, que Jean Haupt traza aquí una requisi-

toria documentada, clara, concisa, implacable, de la democracia. Después de haber analizado sucesivamente los principios y las instituciones del régimen democrático —los *"inmortales principios"*, el sufragio universal, los partidos, el parlamento, el gobierno, el Jefe de Estado— llega a la conclusión de que la democracia es contraria tanto a los legítimos Intereses de los ciudadanos como a los intereses superiores de la Nación.

I
INTRODUCCIÓN

PARA SALIR DEL CALLEJÓN SIN SALIDA...

Para salir del callejón sin salida, hay que salir de la democracia.

El final de la última guerra mundial ha sido marcado por lo que se llamó la "victoria" de las democracias.

La historia, sobre todo la historia moderna, nos muestra que un régimen político pocas veces ha sobrevivido a un desastre militar. Tanto más debiera haber sido así después de esta guerra, ya que el objetivo confesado de los cruzados de la democracia era, precisamente, el de destruir el aborrecido "nazismo" y "fascismo". Y no solo se les tenía que destruir en sus obras y en sus realizaciones concretas. Se les tenía que destruir en sus fundamentos y en sus principios. Había que

arrancarles hasta el último germen; borrar toda posibilidad de resurrección futura. Había que establecer, de una vez para siempre, que todo, absolutamente todo, en esos regímenes, en estas ideologías, era pernicioso, criminal y condenable. Y no solo en estos regímenes y en estas ideologías, sino en todos los regímenes e ideologías presentes, pasadas y futuras, que no fueran consecuencia de la democracia. Había que evitar el que nadie pudiera poner en duda la perfección de la democracia, aun con el riesgo de sufrir las iras de la conciencia universal.

Así, en nuestra vieja Europa, mientras las conciencias más sanas, las más claras, las mas honradas, coinciden en reconocer que todo va mal, en constatar la decadencia general, y aparentemente inevitable (el famoso "*¡sentido de la historia!*") de la inteligencia, de las instituciones y costumbres, incluso la agonía cada vez más rápida de nuestra civilización, muy pocos son los que han tenido la idea o el valor de sacar de ello las últimas consecuencias. Al igual que los peces presos en una red dan vueltas en redondo sin lograr encontrar una salida, se preconizan unos remedios en el marco del sistema en vigor, la democracia, sin apercibirse, o sin querer reconocer que lo que es malo es el sistema y que para salir del callejón sin salida, hay que salir de la democracia.

La crítica fundamental de la democracia ha sido hecha ya, en numerosas ocasiones, por los representantes más caracterizados del pensamiento europeo. Y no parece que sus argumentos hayan sido refutados. Se sigue proclamando la excelencia de la democracia. Costaría probarla en teoría y, aun más, en la práctica.

¿Cómo explicar entonces que los pueblos, hoy, crean en las democracias o, por lo menos, las toleren?

Sin duda porque los pueblos escuchan complacidos a los que les convencen de que son más de lo que son en realidad y les prometen más de lo que pueden recibir, y porque los pueblos no se resisten a las constantes invitaciones a la facilidad. (Es por ello por lo que es cierto que existe en democracia —pero en democracia solamente— un "*sentido de la historia*"; mientras la historia dependía del instinto del pueblo había un "*sentido de la historia*": el sentido de la facilidad, el sentido de la decadencia).

Sin duda también porque los argumentos antidemocráticos que van dirigidos más a la inteligencia y al buen sentido que a las pasiones de los hombres (al contrario de la propaganda democrática) no han podido penetrar en las masas.

A todo esto hay que añadir la gigantesca campaña de falsificación, de intoxicación, de mentira,

desencadenada a raíz de la Segunda Guerra Mundial por las democracias victoriosas. Y aun cuando no ha convencido, esta propaganda ha logrado inculcar en las inteligencias mejor formadas el santo terror al "qué dirán" (incluso a las represalias). Es tal el poder de la propaganda democrática, que ha logrado hacer de la democracia un dogma inviolable, formulando un nuevo precepto de moral imperativa, un nuevo mandamiento: No maldecirás la democracia, so pena de los peores castigos...

* * *

En las próximas páginas, en que nos proponemos instruir, lo más concisa y claramente posible, el "proceso a la democracia", analizaremos sucesivamente:

1.— En la primera parte, los principios ideológicos, lo que se llama *"los principios inmortales del 1789":* Libertad, Igualdad, Fraternidad.

2.— En la segunda parte, las instituciones basadas en estos mismos principios: el sufragio universal; el parlamento; el gobierno; el Jefe de Estado.

3.— Finalmente, considerando que la nación es y será siempre el marco más favorable no sólo a la vida de las sociedades, sino para la salvaguardia

y el desarrollo de las culturas humanas, en la riqueza de su variedad, que debemos lograr mantener a toda costa, en contra de todas las fuerzas y tentativas de nivelamiento, juzgando a la Democracia bajo el ángulo del interés nacional, concluiremos que la Democracia es contraria a la vez a los intereses legítimos de los ciudadanos y a los intereses superiores de la Nación.

II
LOS PRINCIPIOS INMORTALES

Libertad, querida libertad...

Testimonios

"En medio de la perturbación general, de los peligros que amenazan la vida y los bienes, el egoísmo sacrificará sin discusión la libertad. Puesto que la libertad, aun siendo tan bella, no es en la vida más que una simple circunstancia: el orden es la condición esencial, intrínseca, de la existencia; la garantía del trabajo y del pan. Quien podrá calcular las libertades que sacrificaremos al orden, el día en que el desorden, atribuyendo a todos el derecho al gobierno, amenazará suprimirnos el derecho a comer".

"La Libertad es, al igual que el dinero, un valor puramente convencional y abstracto, sin

más utilidad que la de permitirnos satisfacer ciertas aspiraciones. Y, si hiciéramos una lista de los fines para los cuales cada uno aspira a la libertad, tendríamos el más completo inventario de todas las virtudes y todos los vicios, de todas las generosidades y de todos los rencores de que sea capaz la humanidad."

RAMALHO ORTIGAO
Autor portugués (1836-1915) en "*Las Banderillas*".

"*El sistema democrático admite que las masas populares se dejen guiar por la razón, aun cuando la verdad sea que aquellas obedecen generalmente a la pasión. Sin embargo, toda ficción se expía, porque la verdad se venga*".

"*Es por ello por lo que la democracia, tan bella en teoría, puede en la práctica conducir a insignes horrores*".

ALAIN

"*Las promesas de los idealistas han terminado siempre en realidades exactamente inversas. Las palabras mágicas de sus libros, las inscripciones que llevan sus banderas, los slogans que escriben en sus carteles, tienen unos efectos diabólicos: y es que hacen imposible lo que piden con tanta insistencia (...)*".

"Este fenómeno nació en tiempos de Jean Jacques Rousseau, cuya alma sensible finalmente ha suscitado Robespierre. Y desde aquellos tiempos, se nos repite la exhibición a intervalos regulares. Cuando nos anuncian "el pan, la paz, la libertad", significa que veremos sucesivamente: la vida cara, la guerra y los campos de concentración. Se anuncia la representación de la "Defensa de la persona humana": este sainete terminó con la exterminación de 60.000 japoneses en 14 segundos..."

MAURICE BARDECHE
en *"Carta a François Mauriac"*

* * *

LOS PRINCIPIOS INMORTALES

Todo régimen, orientado hacia las sociedades humanas, debe tener en cuenta esta realidad: el hombre, el hombre tal y como es, con sus virtudes, sus imperfecciones, sus debilidades, y no el hombre como debería de ser, y como lo idealizó Rousseau: intrínsecamente bueno y perfecto.

El hombre, criatura dotada de un alma y de un cuerpo, es por naturaleza imperfecto, y por naturaleza imperfectible.

Si bien es verdad que la humanidad mejora materialmente, no se ha comprobado, sino todo lo contrario, a lo largo de su milenaria existencia, el más pequeño progreso moral. Cabe preguntarse si el progreso moral no fuera en razón inversa al progreso material. Es un hecho que muchas invenciones han sido utilizadas para fines bélicos antes de utilizarse para fines de paz, (la pólvora, el avión, la energía atómica). Los medios de comunicación que unen a los hombres también les permiten exterminarse con facilidad. Cada invento, cada descubrimiento que se utiliza para hacer el bien, también es utilizado, y quizás más a menudo, para el mal. Si es un instrumento manejado por los buenos, también lo es manejado por los malos. Y nadie se atrevería a asegurar que los primeros han aumentado en el curso de los siglos, y que los segundos hayan disminuido, ni tampoco que lo que podríamos llamar la media virtuosa de la humanidad se haya elevado gradualmente. No podemos negar que hubo, en tiempos atrás, sociedades mucho más virtuosas que la nuestra, pero también materialmente mucho más atrasadas. Metafísicamente hablando, la venida de Cristo sobre la Tierra, salvó al hombre del pecado original. Pero desde el punto de vista moral, desde el punto de vista de la vida cotidiana y de las relaciones humanas, 2.000 años de cristianismo no

han mejorado la humanidad ni un ápice. No sería muy difícil para un historiador demostrar que los 2.000 años que siguieron a la venida de Cristo han estado tan llenos de crímenes, vicios, guerras, atrocidades y bajezas, como lo pueden haber estado los 2.000 años que le precedieron.

Abro aquí un paréntesis. Consecuentemen te a lo anterior, nuestras buenas conciencias democráticas no pueden deshacerse en recriminaciones indignadas contra los excesos, los crímenes y las atrocidades cometidas por sus adversarios (en tanto que disculpan los que fueron cometidos en nombre de la Democracia) porque, según parece, esto es imperdonable en pleno siglo XX.

A principios de este siglo, a Inglaterra (modelo de democracia) le parece normal exterminar a los Boers para extender su dominación sobre el Transvaal. Sin embargo unos treinta años más tarde, Italia (fascista) esta declarada fuera de la Ley en nombre del siglo XX y de su civilización, por haberse atrevido a conquistar Abisinia. Las atrocidades cometidas durante la Revolución Francesa, con los medios propios de la época (guillotina, ahogamientos en Nantes, asesinatos de septiembre) y después en toda Europa por las tropas de Napoleón, son tanto y mas imperdonables que las que fueron cometidas en los dos bandos durante la última guerra mundial, con medios

mejorados gracias al progreso: campos de concentración, bomba atómica, etc.

Por lo tanto los hombres, en su mayoría (y no digo individualmente), no son perfectos ni perfectibles.

Concluimos pues, de antemano, que si hay un régimen inaplicable a los hombres, es el democrático, régimen esencialmente fundado sobre la bondad y la virtud de la humanidad (Rousseau, Montesquieu) así como lo demuestran los *"principios inmortales del 1789"*, sintetizados a su vez por la famosa sacro-santa trilogía: Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Sin embargo, aun cuando admitimos que la Libertad, la Igualdad, la Fraternidad, considerados no como objetivos concretos, asequibles, sino como ideales a los cuales tendemos a acercarnos, sin tener la pretensión de alcanzarlos, deben constituir la aspiración suprema de las sociedades humanas, demostraremos que, precisamente, la Democracia, no asegura ni la Libertad, ni la Igualdad, ni la Fraternidad.

LIBERTAD, QUERIDA LIBERTAD...

!Oh libertad cuantos crímenes se cometen en tu nombre!, exclamaba la señora Roland sobre el

patíbulo. Y esto ocurría ya en 1793: ¡que hubiera exclamado de vivir en nuestra época...!

Sin embargo, desde aquel día en que nuestros antepasados asaltaron la Bastilla, la Libertad es indiscutiblemente la gran divinidad del culto democrático. Libertad y democracia son dos conceptos indisolublemente unidos en la mente del común de los mortales. Que importa si, después de haber asaltado la Bastilla y libertado la media docena de condenados por delitos comunes, los campeones de la libertad se apresuraron a llenar las demás cárceles con los miles de ciudadanos culpables de no pensar como ellos.

Así, desde un principio, el binomio democracia-libertad lleva el sello de la impostura. Tacha inevitable, puesto que la palabra Libertad (con una L mayúscula), es en sí una impostura, una abstracción vacía de todo sentido y de todo contenido, un hueso echado a las masas ciegas que periódicamente matan y se dejan matar en su nombre.

¿Qué es, a fin de cuentas, la libertad? Si pregunta Vd. esto, a boca de jarro, a un hombre cualquiera, a un obrero, a un aldeano, no sabrán que contestar. Los más listos quizás le contesten después de algunas vacilaciones: "*La Libertad... es la libertad de decir y hacer esto o lo otro*". De hecho la libertad no existe; no hay más que cier-

tas libertades, a menudo divergentes o contradictorias, es decir, que la puesta en práctica de ciertas libertades se opone automáticamente a la puesta en práctica de otras.

Pero dirán los teóricos de la Democracia que es evidente que, cuando hablamos de libertad, empleamos este término colectivo para designar un conjunto de libertades, que llamamos libertades políticas o cívicas. Mejor dicho: cuando hablamos de la Libertad, designamos la libertad que estimamos efectivamente como la libertad principal, fundamental: la libertad de pensamiento, o libertad de opinión de las cuales se derivan las demás libertades: la libertad de expresión del pensamiento; la libertad de hacer compartir a los demás nuestro pensamiento o nuestra opinión; la libertad de reunión o asociación.

Efectivamente, esas son las libertades que nuestras democracias consideran: 1°, como el atributo exclusivo de la Democracia; 2°, como una necesidad vital y, por lo tanto, que responda a las aspiraciones de los pueblos; 3°, como una condición indispensable para la expansión de la cultura y de la civilización.

Veremos que esos tres puntos pueden ser poderosamente rebatidos.

Esa es, según dicen, una libertad jamás discutida. Evidentemente, en lo más recóndito, cada uno piensa lo que quiere y como quiere.

Quizás fuera cierto antaño, ya no lo es hoy en día, y esta famosa libertad de pensamiento, orgullo de la democracia, no es más que una ilusión. Porque los hombres de hoy en día, quienes sean, donde estén, se encuentran sometidos en todo momento, en la calle, en la oficina, en la fábrica, en el taller, en su trabajo, en su descanso, en sus distracciones, y hasta en la intimidad del hogar, por medio de la imagen, del libro, de la prensa, del cine, de la radio, de la televisión, a la acción constante, permanente, absorbente, abierta o insidiosa, brutal o disimulada de la propaganda pandemocrática. Hasta tal punto, que los espíritus mejor formados, los más fuertes, los más independientes, se encuentran a pesar de ellos, y sin que ellos mismos se den cuenta, influenciados por ella; en cuanto a los demás se encuentran fácilmente intoxicados, subyugados, aplastados, aniquilados, vaciados. Una inteligencia colectiva, democrática, sustituye la inteligencia de cada uno, impone sus dogmas, sus formas de pensamiento, rígidos, inviolables; la conciencia universal democrática, sustituye a la conciencia individual, y ella es la que

fija de manera irrevocable lo que es verdadero y lo que es falso, lo que está bien y lo que está mal, lo que es hermoso y lo que es feo, lo que es legal y lo que es criminal, lo que es justo y lo que es injusto, lo que es razonable y lo que es insensato. Y lo que es verdadero, lo que es bueno, lo que es justo, lo que es hermoso, contribuye a glorificar la Democracia. Y lo que es falso, lo que es malo, lo que es feo, lo que es criminal, es todo lo contrario de la Democracia.

Esta sujeción no sólo se ejercita con respecto a la moral, con respecto a la propaganda, con respecto al espíritu, también se ejercita en la práctica con respecto a la vida política. De hecho, el feliz ciudadano de una democracia tiene todas las libertades menos la de no ser demócrata. Para convencer a los recalcitrantes se emplean todos los medios legales o para-legales, y cuando estos medios parecen insuficientes, se recurre a los medios ilegales, a la fuerza. Numerosos son los ejemplos, en todas las épocas y en todos los países. Los gobiernos llamados autoritarios no admiten los ataques contra las bases de un régimen, y en esto son lógicos con ellos mismos; no engañan a nadie. La democracia tampoco los admite, y con ello se engaña a ella misma, y no es más que una dictadura camuflada, la peor, la más abyecta, la más peli-

grosa, porque es la más hipócrita, la más envidiosa. Los felices ciudadanos de una democracia son libres al igual que el condenado a muerte lo es de pasearse sobre los dos metros cuadrados de su celda, con las cadenas en los pies.

La libertad de prensa. Libertad de independencia.

No hay que confundir la libertad de prensa con la independencia de la prensa. Porque si por libertad se entiende independencia, todo el mundo sabe que no hay un solo gran periódico, hoy en día, sea el que sea, bajo el régimen que sea, y en democracia menos que en cualquier parte, que sea libre (es decir, independiente). Porque no hay un solo gran periódico que no esté —no digo que entre las manos de un partido, lo que sería hasta cierto punto admisible (siempre que este partido sea independiente)— sino entre las manos de un *trust* o de un grupo financiero, que sólo Dios sabe de quien depende. Así que, mientras los lectores ingenuos creen que este periódico expone las opiniones de unos periodistas conscientes, honestos y objetivos, expone en realidad, de manera más o menos disfrazada, las opiniones y orientaciones de aquel grupo financiero, o de

Dios sabe quién. Cuando yo escribo estas líneas, es del dominio público, en el Sur de Francia, que un gran periódico, llamado *"de derechas"*, ha sido comprado recientemente por el mismo grupo financiero que publica, en esta misma región, un gran periódico de los llamados *"de izquierdas"*.

Y eso sin mencionar toda clase de presiones incluso gubernamentales que se ejercitan a través de la publicidad.

Me parece que este problema de la independencia de la prensa, es más grave y más importante que el problema de la libertad de prensa. Mas a nuestros demócratas no parece importarles. Lo que quieren es la Libertad de prensa, es decir, el derecho de todos a publicar lo que les parece, sin estorbos ni restricciones.

Veremos más adelante que las libertades políticas no son, después de todo, tan importantes ni indispensables para la libertad de los pueblos. Mas conviene reconocer que la puesta en práctica de ciertas libertades incontroladas, puede ser altamente perjudicial para el bien común. Tal es el caso de lo que llamamos *"la libertad de prensa"*. La libertad de prensa quizás sea uno de los instrumentos más eficaces de aquella dictadura insidiosa que es la Democracia. Así, vemos a "los demócratas" agitarse como diablos para imponer aquella libertad, en aquellos países donde no existe.

Saben perfectamente que esta será la primera brecha por donde se precipitara irresistiblemente el torrente subversivo.

Defensa de la censura.

La libertad de prensa es un tema de actualidad permanente, y hoy está, más que nunca, a la orden del día. Por lo cual abriré un paréntesis, para dar mi opinión al respecto. Pienso que todo gobierno nacional, consciente de su misión, y de sus responsabilidades, tiene el deber de poseer una censura de igual forma que posee una policía. No se va a suprimir la policía, so pretexto de que existe gente honrada, aunque esta sea mayoría. Puesto que si se suprimiera la justicia todo el mundo sabe que la gente honrada sería víctima de los criminales (y siempre habrá criminales). Lo mismo pasa con la censura. En cuanto cualquiera puede escribir cualquier cosa, de cualquier modo, en cualquier periódico, la sociedad que lo consiente desencadena la puesta en marcha de su propia decadencia, y va tarde o temprano hacia su ruina.

Los partidarios, bien intencionados, de la libertad de prensa, sin duda piensan que no hay más que periodistas honrados, que escriben nada más que

para los lectores inteligentes. Olvidan, o no quieren admitir, que también hay (y siempre habrá) periodistas mal intencionados, que tienen como único objetivo cambiar la verdad, y que son leídos por una masa de lectores ignorantes (por lo menos políticamente), dispuestos a aceptar, como palabras de Evangelio, todas las deformaciones de la verdad.

Conozco los Inconvenientes de la censura, y las críticas que se atribuyen a esta clase de institución. Pero a esto contesto:

1°. Hay que aceptar con cierto escepticismo las acusaciones, pocas veces objetivas y desinteresadas, contra las instituciones que tienen por misión específica la de defender el orden, la moralidad, y los valores tradicionales de la nación.

2°. Haciendo el balance entre inconvenientes reales de la censura y de la falta de censura, pienso que los segundos predominan sobre los primeros.

3°. Todo consiste en la elección juiciosa de los funcionarios (diría mejor magistrados), llamados a ejercer las funciones delicadas de censor, y cuyas competencia, cualidades intelectuales y morales estén a la altura de sus responsabilidades, y a los cuales se exigirá la misma disciplina que se exige a los demás funcionarios, es decir, que deberán seguir rigurosamente las instrucciones que les sean dadas, sin pasarse ni tampoco

quedarse atrás. La censura sería así una verdadera magistratura. ¿Y se puede suprimir la magistratura, a pretexto de que hay malos magistrados?

Creo sinceramente que la censura debe existir, lo más ancha, lo mas clarividente, lo más tolerante que sea posible, pero debe existir. Porque no veo otro medio de poder impedir a los corruptores profesionales el poder perjudicar. A los médicos, que nada más se ocupan del cuerpo, se les exige unos largos estudios, exámenes, concursos. Pero a los periodistas que influyen sobre los espíritus y sobre las almas, no se les exige nada. Cualquiera puede coger una pluma y escribir.

Si la formación de los niños y de la juventud, que llamamos educación nacional, está asegurada, dirigida, reglamentada, controlada y sancionada por el Estado, ¿cómo podremos admitir que la información —la de los ciudadanos en general—, pueda ser enteramente libre y anárquica?

Algunos —en nuestra época en la que la prevención está, en todos los ámbitos, a la orden del día— aún reconociendo la necesidad de un control sobre la prensa, preconizan en lugar de una censura previa, un sistema de medidas represivas. A esto contestamos:

1°. Muchos periodistas y editores preferirán una censura previa, que les preservará de las sorpresas y el despotismo del poder.

2º, Los procesos de prensa son siempre hábilmente explotados por aquellos que tienen interés en el asunto, y la agitación, la publicidad suscitada alrededor de estos procesos producen a veces efectos más perniciosos que el artículo incriminado.

Los partidarios de la segunda solución se olvidan de que más vale prevenir que lamentar y que cuando el mal está hecho es muy difícil remediarlo. ¿Que importan las multas, los cierres o la cárcel si la calumnia y la mentira ya han hecho su labor (calumnia que algo queda), si la duda cunde, si la corrupción ya se encuentra en los corazones y las almas?

Lo que sí es inadmisible es que no se haga nada para prevenir el crimen y que no se haga nada para castigarlo. Y esto es lo que pasa con la democracia con respecto a la prensa.

Antes de cerrar este paréntesis quisiera hacer una última advertencia a algunos adversarios ilusos de la censura que piensan que la formación (profesional y moral) de los periodistas y la educación del público sería el remedio. Me remito a las consideraciones contenidas en la introducción de esta obra y a lo que pasa en las democracias consideradas, no obstante, como las mas "evolucionadas".

Las libertades accesorias y las libertades esenciales.

Libertad de pensamiento, libertad de opinión, libertad de prensa, libertad de reuniones, libertad.

A nadie le cabe preguntarse, a fin de cuentas, si estas libertades son muy importantes. Según la conciencia universal, no sólo son importantes sino también esenciales, vitales. No son un medio para alcanzar la felicidad de los pueblos: son, en si, un fin, son ¡la felicidad de los pueblos!

Contemplen una democracia cien por cien auténtica, donde todo el mundo gobierna y donde nadie gobierna; donde nadie se responsabiliza de nada; donde Correos y Telégrafos van mal; donde los institutos, los hospitales, son insuficientes; donde el desorden es el rey de las calles: huelgas, mítines, manifestaciones, choques entre policías y manifestantes, muertos, heridos; donde la decadencia moral alcanza poco a poco a todas las capas de la población, (de arriba a abajo según un proverbio que dice que el pez empieza a pudrirse por la cabeza). ¡Entonces sería injusto que los ciudadanos de esta democracia se quejen! Pueden considerarse como los más felices del mundo ya que disfrutan de este bien supremo: ¡la Libertad! Este es el caso, en el momento que escribo, de los ciudadanos de la noble democracia italiana.

Contemplemos ahora uno de esos regímenes llamados autoritarios; donde el gobierno es responsable, (incluso de las tempestades y terremotos) donde el gobierno gobierna; construye carreteras, puentes, escuelas, universidades, hospitales; donde el presupuesto es equilibrado; donde las virtudes morales y tradicionales están consideradas. ¿Puede el pueblo sentirse feliz con aquel régimen? ¡No! Porque le falta la libertad. Nos lo dice la conciencia universal.

Aquí preveo una objeción. Se me diría: Pero ningún gobierno es perfecto: siempre hay fallos o se cometen abusos. ¿Si no hay libertad de crítica, como corregir los abusos o remediar los fallos? El gobierno arriesga caer en el arbitrarismo o el inmovilismo.

A lo cual contesto:

1°. A un gobierno llamado autoritario no le conviene (menos que a otro cualquiera) dejar que crezca el descontento en las masas. Y digo "*menos que a otro cualquiera*", porque los dirigentes, que ostentan la responsabilidad del poder, saben que se les hace responsables de todo, de todo lo que va bien y sobre todo de todo lo que va mal. Mientras que en la democracia los ministros pueden rechazar las responsabilidades sobre sus antecesores, o sobre los diputados, o sobre la masa que eligió a los diputados.

2º. De hecho, aun bajo el mando de los regímenes más autoritarios, la libertad de crítica siempre existe. Lo que no existe, según hemos visto (y tampoco en las democracias), es la libertad de atacar los principios del régimen.

Y es a esta libertad a la que aspiran, bajo esos regímenes, las oposiciones demócratas.

El Dr. Franco Nogueira, ex-ministro portugués de Asuntos Exteriores, hizo constar, un día, juiciosamente, que con respecto a la política de ultramar: "*Portugal no puede conceder nada a la ONU ni a las organizaciones terroristas llamadas de liberación*".

Porque si el gobierno portugués negocia, da concesión tras concesión, se vería obligado fatalmente a abandonar pura y simplemente sus territorios, porque esto y nada más es lo que quieren sus adversarios.

Pues bien, ¡es exactamente lo mismo respecto a la política interna! Los oponentes demócratas, bajo aquellos regímenes, reivindican la libertad con vistas a una crítica constructiva de los actos del régimen. La liberación no les interesa lo más mínimo. Lo que quieren es una libertad total que les permita asaltar el régimen y destruir sus instituciones.

Ciertos espíritus generosos, que seguramente no han leído a La Fontaine (lo que se concede a

los perversos, siempre se lamenta), y que prestan su generosidad a sus adversarios, olvidan que existen dos categorías de individuos a cual más peligroso: los idealistas catastróficos, que se asemejan a unos niños regordetes, sonrosados, jugando, ignorantes del peligro, con una bomba cargada; y los profesionales de la subversión, quienes por regla general actúan en la sombra, y se limitan a poner las bombas en las manos de los idealistas. Y la bomba en este caso es "la Libertad".

¡No! Las libertades democráticas no son importantes; no son imprescindibles para la vida, ni siquiera para la felicidad de los pueblos. Y por eso no interesan o no deberían interesar más que a una minoría de la población, unas docenas, unos cientos, o algunos miles de individuos, según la importancia del país: periodistas o pseudo-periodistas, escritores o pseudo-escritores, artistas más o menos fracasados, políticos profesionales, ambiciosos, especialistas de la pesca en aguas turbias.

No interesan o no deberían interesar a las poblaciones. Si les interesa es por haberlas obligado a ello. Se ha dicho a los pueblos que eran soberanos, que debían participar en el gobierno, que debían votar. Entonces obedeciendo a sus temperamentos se han visto cogidos en el engranaje y procedieron con toda su pasión. Pero el hecho de que los pueblos se apasionen y luchen por cues-

tiones políticas no significa que se les conceda mucha importancia: ¿acaso no se comportan lo mismo en un partido de futbol?

La "libertad", la "democracia", lo que llamamos comúnmente "la política" es como un vicio, el alcohol, el tabaco, que ha sido inculcado artificialmente a los pueblos, que no está acorde, sino todo lo contrario, con sus necesidades naturales, y del cual se librarán —si no es demasiado tarde— el día que se den cuenta que el vicio es mortal.

Así, la libertad que interesa, o debería interesar al campesino, es la libertad de cultivar su campo, siempre que el campo sea enteramente suyo, y que pueda sacar beneficio justo de su trabajo, y que pueda disfrutar él también de momentos de reposo y entretenimiento como la gente de la ciudad. La libertad que interesa o debería interesar al obrero, es la libertad de trabajar siempre que este trabajo le sea garantizado y equitativamente remunerado. La libertad que interesa o debería interesar al comerciante, es la libertad de abrir su tienda por la mañana para no cerrarla antes de la noche con la entera satisfacción de haber hecho buenos negocios. Sin embargo, la democracia no garantiza ninguna de estas libertades, porque la condición principal de estas libertades, es el orden, la disciplina, la conciencia profesional, y la democracia es el reino del desorden, de

la anarquía, el triunfo del individualismo. Y el Gobierno que sea capaz de garantizar estas libertades, verdaderamente esenciales, vitales, no se tendrá que preocupar de las demás.

Ramalho Ortigao, escritor polígrafo portugués del siglo XIX y principio del XX, analiza con mucha perspicacia y una fina ironía, en particular en su publicación periódica intitulada "*As tarpas*" (Las Banderillas), las costumbres y la vida política de su país, primero bajo la monarquía liberal y parlamentaria y luego bajo la República, las cuales pueden juntarse en el mismo saco.

De él tomo esta frase, casi profética, si pensamos que debió ser escrita alrededor de 1875:

"En medio de la perturbación general, de los conflictos, de los peligros que amenazan las vidas y los bienes, el egoísmo humano sacrifica sin dudarlo la libertad. Pues la libertad, aun con toda su belleza, no es más que una circunstancia en la vida, el orden es la condición principal de la existencia, la garantía del trabajo y del pan. ¿Quién podrá calcular la cantidad de libertades que sacrificaremos al orden, el día en que el desorden empezará a concedernos el derecho al poder, suprimiendonos el derecho a comer?. . ."

Pero aquí oigo subir hacia mí los gritos indignados de nuestra *"intelligentsia"* nacional e internacional. Me dicen: ¿qué hace con el ingenio, y la cultura, el arte, el genio y la literatura ?. . .

Y entonces hay que desenmascarar, de una vez por todas, la leyenda que quiere que el Arte, el genio y la cultura nada mas pueden nacer y crecer bajo los regímenes llamados de libertad, es decir, de democracia, mientras que los regímenes autoritarios son sinónimos de obscurantismo, de regresión y de barbarie.

¡Es falso, y es falso porque precisamente es todo lo contrario! Basta, para convencerse, tener unas nociones de historia. Porque la historia nos enseña que las civilizaciones se han expansionado, han lucido sus reflejos más fulminantes, más duraderos, bajo la autoridad, la influencia, la égida, de una personalidad potente, y no bajo esos regímenes anónimos e irresponsables que segregan la monotonía, la uniformidad, la mediocridad, la fealdad que llaman democracias.

Nada más citaré dos ejemplos en la antigüedad: lo que llamamos el Siglo de Pericles, en Atenas; y el reinado de Augusto en Roma.

Referente al primero me dirán: pero ¿cómo, no fue considerada Atenas, en tiempos de Pericles,

como un modelo de democracia? Esto hay que analizarlo con mas detenimiento. En el "*Curso de Historia de Jules Isaac*" del 62° Curso (Hachette, 1938) insospechable de antidemocrático, encuentro este pasaje, que me permito la libertad de citar textualmente, porque me parece interesante y de actualidad:

"En algunos países modernos, que también son democráticos, como Francia e Inglaterra, el gobierno se funda sobre los mismos principios que inspiraban a Pericles. La gran diferencia consiste en que en Atenas los ciudadanos, es decir, las personas admitidas a disfrutar del máximo de derechos, no eran mas que una pequeña parte de la población, alrededor de treinta o cuarenta mil personas, ni siquiera la decima parte de la población total".

"En efecto, para ser ciudadano había que ser libre. Y en Atenas como en todos los países de la antigüedad había muchos esclavos (...). Algunos esclavos estaban al servicio del Estado: agentes de policía, obreros en talleres públicos, en las minas; la mayoría estaban al servicio de particulares (...)".

"La población ateniense también se componía de "metecos", es decir extranjeros que vivían en el país, y que eran admitidos legalmente en la ciudad, diríamos que habían adquirido la nacionali-

dad. Los "metecos" pagaban un impuesto además de los impuestos ordinarios y podían ser moviliza-dos como soldados, pero no podían tomar parte en el gobierno de la ciudad".

Puede ser que la democracia ateniense haya sido modelo de democracia, pero entonces, cuan lejos están las nuestras de aquel modelo... aunque solamente fuera por la situación de los "metecos". Y siempre de la misma obra le invito a meditar sobre esta cita de Tucídides:

"Gracias a la profundidad de sus puntos de vista, a su desinterés sin límites, Pericles ejercía sobre Atenas un ascendiente indiscutible (...). No tenía necesidad de alabar las pasiones humanas... ya que estaba acreditado por medios honestos (...). En una palabra, la democracia subsistía de nombre; pero de hecho era el gobierno del primer ciudadano".

"Medios honestos", "sin necesidad de alabar las pasiones humanas", "gobierno del primer ciudada-no" (pero, entendamos, el más inteligente, el más previsor, el más desinteresado, el más íntegro...

¡Que lejos nos encontramos de la democracia!

Para citar ejemplos mas próximos es curioso comprobar que existe un estilo Luis XIII, un esti-